



Artículo: José Enrique Covarrubias. Visión extranjera de México, 1840-1867. I. El estudio de las costumbres y de la situación social. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, 250 p
Autor(es): Pi-Suñer Llorens, Antonia
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 58
Año: 2000
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Pi-Suñer Llorens, Antonia. "José Enrique Covarrubias. Visión extranjera de México, 1840-1867. I. El estudio de las costumbres y de la situación social. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, 250 p" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 58 (2000): p. 70-73. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3953>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>")



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

José Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1998, 250 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31).

Antonia Pi-Suñer Llorens
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Dado que presentar un libro tiene por objeto invitar al público a leerlo, empezaré por decirles que el que hoy nos ocupa está escrito con excelente pluma y que, a pesar de lo analítico que es, su lectura resulta muy amena. En él, José Enrique Covarrubias expone, con gran detalle, aquellos aspectos sociales que llamaron la atención a seis extranjeros que residieron en nuestro país al mediar el siglo XIX: los alemanes Eduard Mühlendorff y Carl Sartorius; los franceses Mathieu de Fossey, Emanuel Domenech y Lucien Biart, y el español Niceto de Zamacois. Sus obras, nos dice Covarrubias, no pueden considerarse como "literatura viajera" ya que, a su modo de ver, el término "viajero" corresponde a un itinerante, a un turista, cuyas impresiones sobre el país que recorre no pueden ser más que anecdóticas. Lo que a él le importa rastrear es lo dicho por aquellos extranjeros que radicaron en México una larga temporada —a los que considera inmigrantes— sobre las costumbres de sus habitantes, costumbres que, como expresiones esenciales de la vida colectiva, lo son del carácter de un pueblo. El interés del autor, sin embargo, no se queda allí, ya que para él "exponer la percepción extranjera de las costumbres y la sociabilidad mexicanas sin completarla con las consideraciones políticas y administrativas correspondientes implicaría mutilar la aportación de estos autores y presentar sólo una cara de la moneda", por lo que nos

avisa que al presente volumen seguirá otro que girará en torno a lo político y a lo administrativo.

Covarrubias inserta su análisis, fundamentado en cuatro conceptos sociológicos: la clase social, principios de sociabilidad, tendencias sociales y carácter nacional, en el marco teórico de dos obras que considera básicas para adentrarse en lo apuntado por sus extranjeros. Así, retoma a Montesquieu y su *Espíritu de las leyes*, libro en el cual el ilustrado francés, convencido de la gran diversidad de comportamientos humanos, insistió a profundizar en el estudio de las colectividades. José Enrique subraya la importancia que Montesquieu dio a lo físico —o sea al medio geográfico— y a lo moral, y sostiene que las obras escritas por sus inmigrantes, en que muestran su interés fundamental en las costumbres, la mentalidad y el comportamiento de los mexicanos, no pueden sino "demostrar los alcances de esa revolución intelectual montesquiana que deslinda la perspectiva sociológica de la de la vieja filosofía política". Nuestro autor retoma asimismo el *Ensayo político* de Humboldt, del cual le interesa resaltar la relevancia que el científico alemán dio a lo social como único medio de comprender las causas del bienestar humano. Contrariamente a lo que se ha repetido respecto de que Humboldt auguró que a nuestro país le esperaba un futuro muy próspero, nuestro autor señala que el germano no estaba seguro de tal prosperidad

ya que, para alcanzarla, los países debían tener una situación moral muy adelantada y, en el caso de la Nueva España, aquélla le parecía todavía muy precaria.

José Enrique Covarrubias dedica un capítulo a cada uno de sus seis inmigrantes y nos expone cómo consideraron a la sociedad mexicana en general y en la que se movieron en particular. El análisis que nos presenta de cada uno de ellos no se queda aislado sino que, a medida que avanza, compara lo dicho por el uno y por el otro, indicando sus similitudes y sus diferencias, tratando de entender la diversidad de posturas ya que le interesa resaltar la personalidad e influencias particulares de cada uno de ellos.

Así nos explica que los dos alemanes, influidos por Humboldt, dieron gran importancia al medio físico y, sin ser totalmente deterministas, pensaron que el hombre está sustentado en y por la naturaleza, dato básico para entender sus posibilidades materiales y su consecuente esfuerzo de organización social. Por ello el conocimiento del entorno natural les pareció decisivo para el avance cultural que en buena parte consistía en la toma de conciencia de la "personalidad geográfica" del país en cuestión. Siguiendo esta manera de ver a la sociedad, Mühlentfordt dejó plasmado un cuadro muy ilustrativo de la vida cotidiana de una clase media mestiza de cuño provinciano, puesto que, como ingeniero de caminos, residió básicamente en Oaxaca. Sartorius, en cambio, fue un hacendado de Veracruz, por lo que su descripción más sustantiva fue la de los jarocho. Tanto él como Mühlentfordt vieron una división racial en la sociedad mexicana y sostuvieron que en México había una aristocracia del color "del mismo modo que en las repúblicas o monarquías de Europa existe una aristocracia de nacimiento". Conocedor de la teoría sociológica, José Enrique sostiene que de los seis autores analizados, Sartorius es, sin duda, el más puramente sociólogo, "si por tal tomamos a quien ante todo se propone mostrar el carácter orgánico de una

sociedad"; de allí su propósito de "resaltar la organicidad física y moral del país, con toda su variedad paisajista y humana, no por supuestas motivaciones económicas" tal y como lo han sostenido otros investigadores.

Los franceses De Fossey y Domenech, a su vez influidos por Montesquieu, si bien coincidieron con los alemanes en la importancia de la naturaleza y en cómo ésta marcaba el carácter de los pueblos, resaltaron, sin embargo, la capacidad del hombre de dominarla. Pensaban que, a base de esfuerzo y de un perfeccionamiento moral, las sociedades podían lograr un mejoramiento material, o sea que el carácter de un pueblo podía ser modificado y así llegar a la civilización. Sostenían que este mejoramiento podría ser encauzado por los industriales y los sabios, teoría que, como sabemos, había sido formulada por los también franceses Saint-Simon y su alumno Augusto Comte. Respecto de las clases sociales, tanto De Fossey como Domenech consideraron que eran tres: la baja, la media y la alta, y el último aun apuntó que había una cuarta, reducidísima, que era la de la aristocracia. De Fossey vio al mexicano en general como un ser muy tradicional a quien le gustaba más conservar sus costumbres que aceptar las innovaciones y exaltó la índole tolerante y pacífica del catolicismo mexicano, religión que, pensaba, era el factor decisivo de la unión social del país. Por su parte, Domenech sostuvo que el espíritu general de la nación mexicana era su orgullo y su inclinación generalizada al vicio, pero matizó su apreciación al decir que "estos defectos o vicios, si se quiere, disminuyen enormemente su importancia cuando se comparan los tipos de cada una de las clases de la sociedad mexicana con sus similares de nuestra vieja Europa". Para él, México se constituiría en una nación feliz y civilizada si no fuera por la inestabilidad de los poderes. Eran los burócratas, los militares y los políticos, siempre dispuestos a hacerse del poder y de la riqueza, quienes transmitían la inmoralidad

a una entidad social provista originalmente de elementos sanos y muy constructivos.

El autor señala, además, la importancia que dieron ambos franceses a la psicología como punto de partida para comprender lo social. Así, De Fossey sostuvo que los mexicanos estaban a merced de fuerzas telúricas incontrollables y de allí la falta de seguridad en sí mismos, y Domenech percibió en ellos un complejo de inferioridad que les hacía querer parecer más de lo que eran y resistirse a aceptar ayuda del extranjero.

Lucien Biart y Niceto de Zamacois son los últimos extranjeros revisados. Covarrubias señala que ambos estaban de acuerdo en que la dignidad y el honor eran características esenciales del hombre. Pensaban que las costumbres y la observancia de la respetabilidad infinita del otro tenían sentido como formas de moderación de todo impulso que atentara contra estos atributos básicos de la humanidad. Covarrubias sostiene que ambos, indudablemente influidos por su vocación literaria, tuvieron una percepción trágica de la condición humana, siempre expuesta a la violencia y la indignidad. Para ellos, la majestuosidad y la belleza de la naturaleza, de orden divino, representaban una especie de contrapunto al imperfecto orden humano, por lo que la actuación social del hombre debía ser la compasión gratuita y reparadora. Así, Biart creía que ésa era la misión de la intervención francesa en México, mientras que Zamacois, católico ferviente, la encontraba en la labor caritativa del clero mexicano.

El francés, más bien inclinado a dar preeminencia al factor físico, dejó apuntado que en México había dos medios geográficos fundamentales: la tierra caliente y la tierra templada y que la sociedad de cada una de ellas era totalmente distinta. Él era un enamorado de la tierra caliente en donde, dejó dicho, vivir significaba una especie de retorno a los estados primitivos de la humanidad o sea a la inocencia, en lo que José Enrique percibe, muy atinadamente, la influencia

rousseauiana de la teoría del buen salvaje. Biart llamó a los habitantes de las zonas cálidas "hombres del desierto", en el sentido de aislamiento, escenario de las expresiones más sencillas pero también más profundas de la realidad humana.

En cuanto a Zamacois, nos dice Covarrubias que, como buen hispano, aplicó los principios del derecho natural para comprender las conductas humanas, por lo que su interpretación histórica fue de tipo jusnaturalista. Para el vizcaíno la sociedad mexicana se movía por principios de sociabilidad tan honorables como los de cualquier otro país, si no es que más en ciertos aspectos. Él veía una contradicción aparentemente insalvable entre el carácter de los mexicanos y las tendencias prevalecientes en su esfera política. Pensaba que la promulgación de una legislación atentatoria del *status* propietario eclesiástico y de la exclusividad católica era lo peor que podía suceder en una sociedad como la mexicana, cohesionada, más que nada, por la religión.

En cuanto a la estructura social, el vizcaíno dividió a la sociedad mexicana siguiendo la actividad laboral, la instrucción y las maneras, y no incorporó en dicha clasificación conceptos de índole racial. Para él, aquella sociedad estaba compuesta por la clase media, la artesana, la de los rancheros o labradores, la alta o fina, dejando de lado a los indios y a los léperos. Zamacois consideraba que la mexicana era una sociedad amenazada de perder el viejo espíritu de caridad católica para dejarse llevar por otro, marcado por la irreligiosidad y la disgregación moral. Estaba renuente a cifrar la clave del orden social en la disciplina industrial y, aunque no estaba en contra de los principios liberales como tales (lo cual me parece interesante que José Enrique Covarrubias señale, pues no se deja llevar por esta idea tan socorrida de que Zamacois era prácticamente un ultramontano), sí se rebelaba contra su implantación forzada a costa del sentimiento religioso popular y del

magisterio eclesiástico. Para él, la sociedad mexicana debía buscar su mejoramiento definitivo en su propia historia y sus virtudes; por ello no se atrevió a predecir las tendencias sociales de México hacia el futuro, pues no percibía la forma en que tendrían lugar la reconciliación social y la reivindicación del propio valer nacional.

Una vez hecho este apretado resumen del análisis que nos presenta Covarrubias del enfoque sociológico de sus seis extranjeros, quisiera hacer dos o tres reflexiones que me ha suscitado la lectura del libro. Es evidente que el estudio es novedoso pues, por lo general, los que nos dedicamos al análisis historiográfico nos concentramos más en el desmenuzamiento del discurso, en la heurística y la hermenéutica del mismo y dejamos de lado aspectos como éste, en el que se centra José Enrique. Su interés en la sociología lo lleva a rescatar una información que resulta valiosísima para aprehender nuestro proceso histórico decimonónico al tomar en cuenta lo que dijeron aquellos seis extranjeros sobre "la otredad" mexicana. Así, nos presenta una serie de aspectos en que repararon aquellos inmigrantes y que sólo más tardíamente fueron objeto de estudio de los propios mexicanos. Por ejemplo, al rescatar el enfoque psicosocial de De Fossey y Domenech, nos muestra cómo el análisis de estos extranjeros se adelantó al ensayo escrito por Samuel Ramos sobre el perfil del mexicano. También es relevante ver cómo la indagación social llevada a cabo por aquellos inmigrantes toca, como bien lo dice Covarrubias, "cuestiones básicas de la reflexión moderna en torno a la condición humana y a la proyección de ésta en fenómenos colectivos", reflexión que le permite al autor hacer gala de una gran erudición y profundo conocimiento de las tendencias actuales tanto en el área de la sociología como de la teoría de la historia. Finalmente, otra de las bondades del libro es que rompe con esquemas y contraría ideas que se han ido repitiendo sin bases sólidas, lo cual considero muy saludable.

Ya para terminar, tengo que confesar que, a la vez que disfrutaba el libro, su lectura me inquietaba pues me hacía ver que un buen número de los defectos señalados por aquellos extranjeros siguen estando presentes en nuestra sociedad al cabo de ciento cincuenta años, lo cual no deja de ser perturbador. Sin embargo, como no quiero dejarlos con mal sabor de boca, voy a mencionar algunos puntos más amenos y que están relacionados con los distintos caracteres nacionales de aquellos inmigrantes. Así, De Fossey, como buen francés, dejó apuntado que lo mejor de la sociedad mexicana eran las mujeres y que "en general, uno tiene mucho más que preciarle con su trato que con el de los varones". Los alemanes se entusiasmaron por lo exótico y por lo festivo de los mexicanos y Zamacois, más cercano a nosotros, se dejó llevar por su sentido del honor y por su amor a nuestro país. Por ello insistió en que le molestaban sobremanera aquellos extranjeros que, habiendo labrado sus fortunas en México, hablaban mal del país, dando con ello prueba de incivilidad, pues se expresaban así delante de personas que les habían recibido con la afabilidad que caracteriza al mexicano. Finalmente, creo que lo dicho por Mathieu de Fossey sobre el impacto que tuvo su residencia en México es el mejor homenaje que pudo hacerle:

Tras de diez años de estancia en México, no cabe duda de que todo europeo es mejor que lo que sería si hubiera permanecido en su país. Los sentimientos del hombre se purifican [con la fortuna]. Cuando uno se ha ganado liberalmente la vida, de suerte que no hay lugar para el miedo al hambre, uno se siente más dispuesto a compartir los males de otro, a ayudar a un amigo y a socorrer a un desgraciado.

Estamos todos a la espera del segundo volumen que, estamos seguros, será tan rico e ilustrativo como el que hoy nos ha reunido. □